

me alcanzará lo que me queda de vida para pagar la cadena perpetua de mi quintuple culpa.

Porque presentar un libro en pocas palabras, con las limitaciones propias y ajenas, es —entre otras cosas— suplantar abusivamente al autor, adelantándose a la alegría que éste quiere participar con la revelación de su primicia. Si, como en la manida frase, el traductor traiciona al traducido, el presentador, que es también un intérprete, por más que sea en el propio idioma, altera y distorsiona, compendia y mutila, aunque lo haga de la mejor y descontada buena fe. Porque prejuzga y predispone o —lo que es peor— manosea amistosamente —cuando media esta relación— al autor que, entregada su confianza, ocupa el banquillo y no viene preparado para defenderse de un fiscal, menos de un impreparado abogado de oficio. El amigo favorece muchas veces con una interpretación generosa (y hay “elogios que matan”) pero injusta, no por lo que estima sino por lo que escatima. Pero es más temeraria aún la actitud del crítico, que salta a la palestra armado de todas sus armas para defender sus propias convicciones y después, a la luz bien acondicionada de ellas, donarle o perdonarle la vida al oficiante. Eliot dice que cuando el crítico es además poeta, siempre se sospecha si la finalidad de sus afirmaciones no será otra que la justificación de su propia práctica poética.

En su libro *Leer poesía* dice el mexicano Gabriel Zaid que “lo que unos lectores nos digamos unos a otros puede ser muy útil, inclusive determinante. Pero lo mejor de la conversación no es pasar tal juicio o tal receta: es compartir la animación del viaje”. Inclusive en un recital llegó a hacer esta propuesta: “¿Por qué, en lugar de presentar el poeta a sus oyentes, no se hace lo contrario? Eso —dice Zaid— debería dar al menos un poco más de verdad entre unas cuantas personas. Estaríamos más cerca del proceso por el cual, inevitablemente, la poesía la hacemos todos, con nuestra capacidad (o incapacidad) de leer (o de escuchar)”.

No voy, pues, a presentarlos, sino a saludarlos.

Y a ustedes, amigos, no les voy a contar —como debería hacerlo el periodista que siempre y nada más he sido— dónde vio la luz (pues nunca la ha visto) Walter Azula, cuando conocí a Yuyín, cómo se llama Jorge Marel, por qué dobla en inglés su libro Paz Otero o cuáles son los poetas predilectos de Reinaldo Salguero. Ni siquiera diré el nombre de sus libros, ya que cada uno se identificará y, para confirmar la eterna verdad de cada día y de esta noche, por sus obras los conoceréis. Pero, con “la venia de los heliotropos”, convoco en esta casa oficial de los poetas muertos a los que van a morir, para que, antes que ello suceda, nos encontremos con la vida de manos a boca y nos identifiquemos todos, en soledad acompañada, en este grato lugar común de la poesía...

No vamos a juzgarlos, sino a disfrutarlos. Compartamos con ellos, como aconseja Zaid, “la animación del viaje”.

Traspasemos con Eugenia Sánchez esa línea indecisa de sombras y de asombros, esa noche sin alba, ya advertidos por ella de que “en el sueño cualquier cosa puede suceder”. Con los amantes de la noche, busquemos el lado oculto de la vida, donde la transgresión confiesa su inocencia, miremos el otro lado del espejo aunque tengamos que decir con ella: “¡Qué duro despertar entre los muertos!”.

Abramos el urgente telegrama en que Jorge Marel nos cuenta que se debate sin red ni salvavidas en un mar de tormentas y tormentos. Recorramos en su búsqueda el negro litoral de sus desamparadas confesiones. Es que en las aguas de su poesía no flotan peces sino naufragos.

Con Walter Azula abramos las ventanas de su noche hacia dentro, la fiesta del color de todos los sentidos. Es difícil pensar que el poeta es ciego cuando hace alarde de que lo ve todo, de que ve más que todos: “¿Por qué tus párpados se cierran cuando quiero mirar tu alma?”. Sólo él sigue, absorto, el vuelo de “un planeta que dormido arrastra en su viaje el amanecer de un nuevo día”.

A flor de piel amante llega Víctor Paz con su lluvia de soles calcinados.

El amor es tan sólo la piel que se renueva, y el tiempo es el instante de sueño detenido que rueda hacia la nada. En busca de lo esquivo y de lo efímero, sabe que el tiempo es piel que se eterniza.

Y Reinaldo Salguero sublimiza los actos de la vida, sencillamente, con “el dolor de querer y de estar vivo”. En el altar de sus poetas y de sus íntimos afectos, “toca en su inspiración un arpa herida”. Levanta el edificio de sus sueños y hace un voto de amor, fe y esperanza en nosotros y el futuro. Por eso, para terminar, nada mejor que estas palabras suyas: “no vamos a cerrar la puerta cuando la luz está empezando a entrar...”.

Queda instalada así esta pequeña asamblea constituyente de la poesía, legitimizada por Shelley cuando dijo, en un momento de exaltación: “Los poetas son los ignorados legisladores del mundo”.

ROGELIO ECHAVARRÍA



Tres vueltas de tuerca más

Si la muerte me la dieras tú

Jesús Alberto Sepúlveda Grimaldo

Unión Nacional de Escritores (Une), Tolima, Fundacultol, Pijao Editores, Ibagué, 1990, 100 págs.

Este volumen, *Si la muerte me la dieras tú*, con sus escasas cien páginas

impresas con letra grande y rica de leer, con blancos y espacios, es el número 54 de la colección de la Unión Nacional de Escritores (Une), Tolima, tierra pródiga en escritos: 54 es un número grande.

El autor, Jesús Alberto Sepúlveda, es un ganador de concursos de cuento —seis entre otros—. El libro trae algunos de ellos, otros, y pequeñas páginas con imágenes, o lo que él llama Retratos, todo sucinto, de fácil lectura. *Si la muerte me la dieras tú* se despacha en una breve sentada.

La primera parte, "Los cuentos", presenta una serie de textos cortos más elaborados, como el que da título al libro. El tema de su obsesión es la muerte, la muerte del cuerpo físico, disparos, cuchilladas, envenenamientos, la muerte a cada quien cuando le corresponda, ni antes ni después. La muerte producida por suicidios o la muerte de alguien que quiere morir y la vida se le atraviesa. La muerte así no más, dejando de lado todo lo que corresponde a la muerte: la vida. Los personajes de sus cuentos son prostitutas, vagabundos, matones, vacíos por dentro, descritos con fluidez de adjetivos y en una plenitud de momentos pero planos. Los escenarios son puntos repetidos, y el paisaje son las calles con nuestra miseria y los cuartos de hotel; claro, hay excepciones, pero en general los ambientes son sórdidos y fríos.

El autor maneja el lenguaje, narra, describe con minuciosidad, hasta el abuso, los detalles; tiene ritmo, trata diversos temas: contar un chiste, ilustrar un refrán, hacer un epitafio, o algunos más complejos, pero se queda por encima, sin entrar en alguna complejidad, si ya había sido escogida; sin trabajar el humor, sí lo plantea, como en *Sopa de letras*; sin tocar la magia, sí la menciona; sin deleitarse y deleitar con el sobresalto, sí le gusta. Deja las situaciones sin agotar, escoge el camino fácil. Harían falta quizá tres vueltas de tuerca más.

Los retratos son brevísimos, textos condescendientes, aunque le hubieran costado un esfuerzo escribirlos. No quiero decir con ello que un texto corto no pueda ser lo profundo que se logre entregar. Le gusta usar imágenes comunes, lugares gastados: un

preso que llora, un viejo triste que muere solo, un encuentro con una puta, una loca, un itinerario ¿y qué? Al final todo está de nuevo en el mismo sitio, olvidado, porque nada ha ocurrido por dentro, donde la emoción se produce, porque afuera todo se lo lleva el viento o un ladrón.

La última parte: "Todas las muertes" y "Epitafios", son escritos también mínimos sobre situaciones de muerte, homenajes a vidas anónimas. Una muerte que pasa por encima del anonimato sin tocar a nadie, ni siquiera al muerto: un torero, una rumbera, un billarista. Cuando terminamos queda la sensación de que Jesús Alberto Sepúlveda hubiera elaborado la fórmula y la repitiera: despachar representaciones en breves líneas con letra grande, él, un hábil hacedor de imágenes y de textos cortos.

Pero también queda una reflexión: ¿qué se necesita para publicar un libro? Una editorial departamental sedienta de autores propios para cumplir su papel de productora para el mercado de las ferias de libros, o que los innumerables y sospechosos concursos de cuentos del país avalen los productos de un autor.

Si la muerte me la dieras tú tiene de valioso que el autor valiente y generoso ha entregado su trabajo para la lectura, y el esfuerzo de los editores por sacar a la luz un libro en Colombia.

DORA CECILIA RAMÍREZ



Vigilia

Cuaderno de tareas

Dora Cecilia Ramírez

Editorial el propio bolsillo, Medellín, 1990, 149 págs.

Con frecuencia se ha hablado del "extrañamiento" que suele causar la lectura de narrativa escrita por mujeres. He de confesar mi resistencia a entender tan peligroso término, y he de confesar también lo prometedor que resulta ante el extrañamiento que me producen ciertas lecturas. El encuentro con los nueve cuentos de *Cuaderno de tareas* empieza con un resquemor de mi parte: siento que ya lo he leído en otro sitio, que me lo contaron, que lo conozco; y a medida que la lectura me absorbe por completo, me doy cuenta de que en realidad la autora me está hablando de cosas que me son familiares, con un tono que nos pertenece a ambas, con historias que me reflejan; en un lenguaje tan propio, que me extraña.

La sensación se va transformando en complicidad y, al recorrer las historias de estas mujeres, tengo la sensación de que he permanecido en vigilia junto a la autora, que observa, sin ser vista, cómo sus personajes pasan del sueño a la duermevela, de la duermevela al ensueño y de allí a la vigilia. Tales acrobacias creo que las consigue la escritora con tres recursos básicos: el primero, un narrador omnisciente que, además de saberlo todo, lo interpreta y lo relaciona con el pasado y con lo onírico; el segundo es un tono particular, clave para hablar de este libro, por lo que lo retomaré de nuevo; y por último un juego de planos narrativos que, sin ser muy atrevido, combina en algunos cuentos dos acciones diversas y en otros el mundo del sueño y el de la realidad que se unen en un mismo final inesperado.

Es casi un lugar común hablar de que el tono de un texto es el que realmente se roba al lector y lo que definitivamente permanece o se olvida. En *Cuaderno de tareas* el tono hace